

10

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA
SERIE 3

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



GRACIAS

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2022 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Entraba en mi última semana en Menorca, y mi siguiente visita al Farero fue totalmente intencionada, provocada por un episodio que me había desconcertado.

Me había contactado un compañero de trabajo que tenía un problema y necesitaba mi consejo. A pesar de estar disfrutando de mi mes sabático, lo llamé, y pasamos más de cuarenta minutos al teléfono. Al cabo de unas pocas horas me llamó él, para acabar de contrastar algunas cosas que no acababa de ver claras. Pasamos casi una hora conversando de nuevo. Y tras todo ello, no tuve ni aquel día ni el siguiente ni un solo mensaje de agradecimiento. Ni tan solo un simple WhatsApp de gracias.

ó

Empecé a darle vueltas a la cuestión hasta que empezó a obsesionarme. ¿Mi compañero no era consciente del tiempo y la atención que le había dedicado? ¿No se le había ocurrido agradecermelo? Necesitaba hablarlo con alguien, darle sentido si es que lo tenía, así que me metí en el coche y puse rumbo al faro. Llegué a media tarde, y me dirigí directo a la torre en busca del Farero.

Lo encontré enfrascado en la reparación de un artilugio que no conseguía identificar. Me explicó que era un sextante, un antiguo aparato que se utilizaba en la navegación para orientarse. Un GPS del siglo XVIII.

Le expliqué lo que me había sucedido, y tras un reflexivo silencio me dijo:

- Acerquémonos a la playa. Hay algo que necesito que veas.

Tomamos mi coche y fuimos hasta el parking de la playa de Cavallería. Desde allí hay que caminar unos diez minutos, hasta llegar a una empinada escalera de madera que lleva a la arena. Desde lo alto de la escalera me señaló a un hombre joven que andaba recogiendo cosas de la arena.

- ¿Ves a ese joven?
- Sí, perfectamente.
- ¿Qué crees que hace?
- No se, recoger algo. ¿Caracolas quizás? ¿O muestras de algo?
- No, recoge basura. Restos de plástico y todo lo que ensucia la arena. Lo he visto esta mañana. Lleva todo el día haciéndolo.

ó

Nos quedamos unos minutos observándolo desde la escalera. Yo no acertaba a comprender de qué iba todo aquello. Al cabo de un rato, el Farero me miró y me dijo:

- ¿Por qué crees que lo hace?
- Por convicción, supongo. No puedo imaginar otro motivo.
- ¿Y crees que espera que alguien le de las gracias?

Allí terminó la conversación, y el Farero emprendió rumbo de vuelta al parking. Imaginé que esperaba que fuera capaz de descifrar el episodio que habíamos vivido. Nos metimos en el coche y le dije:

- Supongo que yo he ayudado a mi compañero por mi convicción, y no debería esperar que me lo agradezca.

- Exactamente. Lo has hecho porque eres como eres. Porque si no fueses así no le hubieras dedicado un precioso tiempo de tu mes sabático. Dime: ¿te has sentido bien haciéndolo?
- En el fondo creo que si, porque me gusta ayudar a la gente.
- Pues este es el agradecimiento que vas a tener. El sentir que haces algo que te gusta hacer y que va con tu manera de ser.

Me impactó el razonamiento, sin embargo, todavía me rebelaba ante la idea de que no me hubiera dado las gracias. Le dije:

- Aún así, ¿no te parece natural que eche en falta su agradecimiento?
- Si, sin duda. El agradecimiento es siempre bienvenido. Pero una cosa es disfrutarlo cuando te lo dan y otra muy distinta depender de él.
- Supongo. Pero no imagino un mundo en el que no nos demos las gracias los unos a los otros.
- Sería un mundo más triste, sin duda, por eso es bueno que tu siempre las des cuando alguien hace algo por ti. Pero tienes que darlas por que lo sientes, no porque sea una obligación. Y cuando seas tu quien merece el reconocimiento, acógelo si llega, pero asegúrate de que lo que has hecho lo has hecho por que quieres, por tu convicción y por tu manera de ser, no para buscar ese reconocimiento.

Acababa de recibir una gran lección. Mientras llegábamos de nuevo al faro repasé mentalmente algunos episodios recientes de mi vida. Me



daba cuenta de que en el fondo hacía algunas cosas esperando que me dieran las gracias, incluso directamente para provocar que me las dieran. Había desarrollado una cierta dependencia de ello. Porque me sentía bien cuando me las daban, quizás demasiado bien. Ese era el problema.

Llegamos en pocos minutos, y dejé al Farero en la barrera de entrada. Esta vez no iba a auto invitarme a la cena, y además estaba seguro de que querría terminar la reparación de su sextante que mi visita había interrumpido. Eso sí, antes de marchar le di de forma efusiva y sincera las gracias.

ó

Hoy escribo este episodio habiendo interiorizado el aprendizaje. No sólo doy siempre las gracias, sino que intento hacerlo de una manera auténtica y que le llegue al otro, huyendo de fórmulas protocolarias y tratando de mostrar verdadero agradecimiento. Y me encanta que me las den. Pero no lo busco. Me aseguro de que hago las cosas porque decido hacerlas, y porque yo estoy satisfecho haciéndolas. Como el joven que recogía basura en la playa. Y si me cae además un agradecimiento, lo recibo como un regalo añadido. Pero si no me llega no lo echo en falta.



WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2022 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ